

de sus sentidos, y que ellos solos, si son feos, bastan para afeár el rostro de una persona, por más gentiles facciones que tenga; por eso más particularmente, después de haber loado la belleza de su esposa en general, dice de sus ojos que son como de paloma. Las que vemos por acá no los tienen muy hermosos; pero sonlo de hermosísimos las de la tierra de Palestina; que, como se sabe por relaciones de mercaderes, y por unas que traen de levante, que llaman tripolinas, son muy diferentes de las nuestras, señaladamente en los ojos, porque los tienen grandes y llenos de resplandor y de un movimiento bellissimo, y de un color extraño que parece fuego vivo.

« ¡Ay qué hermoso, amado mío! » responde la esposa, y págale en la misma moneda á su esposo, conociendo y publicando la hermosura que hay en él; y porque la belleza está, no solamente asentada en la exterior muestra de la proporción de los miembros y escogida pintura de naturales colores, mas también y principalmente tiene su silla en el alma; y porque esta parte de hermosura del alma se llama gracia y se muestra defuera, y da á entender en los mismos movimientos de la misma ánima, como son andar, mirar, hablar, reir, cantar y los demás, los cuales todos en la lengua toscana se llaman belleza, de tal manera, que sin esta, la otra del cuerpo es una fealdad sin sal ni gracia, y menos digna de ser amada que una imagen, como se ve cada día; así que, por esta causa la esposa, para loar perfectamente á su esposo, le dice: « Y tú hermoso. » En el hebreo está una palabra en estos dos lugares del esposo y esposa, que en latin se interpreta *ecce*, y es voz que en esta parte da muestra de grande afecto y regocijo del que habla; como uno que estando contemplando la beldad de su amada, no cabe en sí ni puede detener al ímpetu de la alegría que le hulle dentro, y dice: « ¡Ay cómo eres hermosa! » ú otra tal razón del impetuoso afecto, la que no se puede pintar al vivo en la escritura, porque el dibujo de la pluma sólo llega á lo que puede trazar la lengua, la cual

es casi muda cuando se pone á declarar alguna pasión, y es como si dijera: Amado mío, no eres hermoso solamente, sino también dulce, y no tú solo, sino todas tus cosas, la casa rica y hermosamente edificada, la cama florida; al fin todo esto es lindo, y tú más que ello; y en decir, « también nuestro lecho florido, » como encubiertamente, le convida que se venga á estar con ella, que es deseo que se sigue ordenadamente después del bien que concibió de su esposo. En decir aquellas palabras, ¡ay, qué hermoso amado mío! el techo de ciprés, las tablas ó artesones que cargan sobre las vigas, que eran, según dice, de cedro, en el espíritu de la letra se declara el deseo de las ánimas que aman á Dios, pero son imperfectas en la virtud, que quieren traerle y gozarle en su casa y en su lecho, esto es, donde tienen su descanso y sus riquezas y su contento; mas llámalas Dios, y procura de sacallas de este regalo, como adelante veremos.

CAPÍTULO II.

ESPOSA.

- 1 Yo rosa del campo y azucena de los valles.

ESPOSO.

- 2 Como azucena entre espinas, así mi amiga entre las hijas.

ESPOSA.

- 3 Cual el manzano entre los árboles silvestres, así mi amado entre los hijos. Á la sombra del que deseé, sentéme, y su fruta dulce á mi garganta.

4 Metióme en la cámara del vino, la bandera suya en mi amor.

5 Esforzadme, rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas; que enferma estoy de amor.

6 La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO.

7 Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y por los ciervos monteses del campo, si despertáredes ó velar hiciéredes á la amada hasta que quiera.

ESPOSA.

8 Voz de mi amado (se oye); véislo, viene atravesando por los montes y saltando por los collados.

9 Semejante es mi amado á la cabra montés ó ciervecito; helo (ya está) tras nuestra pared acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.

10 Hablado ha mi amado y díjome: Levántate, amiga mía, galana mía, y vente.

11 Ya ves pasó la lluvia, y el invierno fuése.

12 Los capullos de las flores se demuestran en nuestra tierra, el tiempo de la poda es venido, oída es la voz de la tórtola en nuestro campo.

13 La higuera brota sus higos y las pequeñas uvas dan olor; por ende, levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

14 Paloma mía, puesta en las quiebras de la piedra, en las vueltas del caracol, descubre tu vista, hazme oír la tu voz; que la tu voz dulce y la tu bella vista amable.

ESPOSO.

15 Prendedme las raposas, pequeñas destructoras de viñas; que la nuestra viña está en cierne.

ESPOSA.

16 El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre las azucenas.

17 Hasta que sople el día y las sombras huyan. Tórnate, semejante, amado mío, á la cabra ó al corzo sobre los montes de Beter.

COMENTO.

Prosiguen en el principio de este capítulo el esposo y la esposa en su amorosa porfía de loarse el uno al otro cuánto más pueden, y después en el proceso refiere algunas cosas la esposa, que ya en los pasados días le habían acontecido con su esposo.

«Yo rosa del campo.» Estas palabras están así, que se pueden entender indiferentemente del uno de los dos; pero más á propósito es que las diga la esposa, que por ser mujer, tiene más licencia para loarse, y que vengan dependientes y hagan una sentencia con lo que acaba de decir en el fin del primer capítulo: «Nuestro lecho florido y nuestra casa de ciprés», añade, «yo rosa del campo;» porque por todo ello convide y persuada más á que el esposo la ame más y acompañe, y en ningún tiempo la deje.

«Yo rosa del campo.» La palabra hebrea es *habaceleth*, que según los más doctos en aquella lengua, no es cualquiera rosa, sino una especie de ellas, en la color negra, pero muy hermosa y de gentil olor; y viene bien que se compare á esta, porque, como parece en lo que hemos dicho, la esposa confiesa de sí que aunque es hermosa, es morena.

«Azucena de los valles.» Esto dice la esposa del esposo, como si más claro dijese: Yo soy rosa del campo, y tú lilio del valle, en lo cual muestra cuán bien diga la hermosura

del uno con la belleza del otro; y que, como se dice de los desposados son para en uno, como la rosa y el lilio, que juntos crece la gentileza de entrambos y agradan á la vista y dan olor más que cada uno por sí; demás que, siendo entrambas rústicas flores, cuadra bien la una con la otra, que la una es rosa del campo y la otra lilio de los valles, donde la naturaleza sola es hortelana, que por estar el lugar más húmedo, está más fresco y de mejor parecer.

Lo que traducimos azucena ó lilio, en el hebreo está *susanot*, que quiere decir flor de seis hojas; cuál sea ó cómo se llame acá no está bien averiguado, ni va mucho en ello; y de aquí es que á las veces llamamos azucena, á las veces alhelí ó violeta.

«Como azucena entre espinas.» Muchas veces se ve que una yerba buena crece más cercada de espinas ú otras yerbas que si estuviese sola, y esto es lo que se halla por experiencia. Y la razón de esto es por natural apetito que las plantas tienen de gozar del sol; y lo otro, que las yerbas circunstantes la hacen sombra al pié y la conservan en frescura y humedad, y de aquí viene á ser mayor su crecimiento. Demás de esto, la flor que nace entre las espinas es tanto más amada y preciada, cuanto son más aborrecibles las espinas entre que nace, y de la fealdad de las unas viene á descubrirse más la hermosura de la otra.

Presupuesto esto, consiente el esposo en lo que la esposa dice de sí misma, y añade tanto más, cuanto se hecha más de ver y descubre la rosa entre las espinas que entre otras cosas; así que, en decir esto, no sólo dice ser hermosa como rosa entre otras, sino así hermosa, que sólo ella es hermosa y sólo ella es rosa, porque las demás á su comparación parecen espinas.

Lo que dice «entre las hijas», es decir entre todas las doncellas, por propiedad de aquella lengua, que cuando pone esta palabra así á solas, habla de solas las doncellas; y cuando le añade otra cosa, como diciendo hijas de Jerusalén ó hijas de Tiro, significa todas las mujeres de aquella

tierra, ora sean casadas, ora sean viudas ó doncellas; pues es doncella la esposa, y de las mujeres, las doncellas tienen la hermosura más entera y más hermosa, y entre todas ellas la esposa es la que vence.

En el espíritu de la letra es digno de considerarse que la Iglesia es rosa entre espinas, y no rosa cultivada y labrada; porque no es obra de los hortelanos del mundo, sino flor que crece y se sustenta por sola la influencia del cielo y su clemencia, como dice san Pablo: «Yo planté, Apolo fué el que regó; pero sólo Dios fué el que os sacó á luz y á crecimiento.» Y está cercada de espinas por la muchedumbre de las diversas sectas de infidelidad y herejías y supersticiosas creencias que en derredor de ella están, las cuales procuran ahogarla; pero firme y segura es la promesa del Señor, y entre esos golpes, mientras mayores fueren, tanto más centelleará la luz de la verdad.

Págale por la misma medida la esposa, y así le responde: «Como el manzano entre los árboles silvestres y campesinos, tan grande ventaja haces tú á los demás hombres.» Hermoso árbol es un manzano lleno de hoja y cargado de fruta, y en esto la esposa da mayor loor al esposo del que ella había recibido; que él la comparó á la azucena, que es cosa hermosa, pero de ningún fruto; y el manzano á que ella le comparó tiene lo uno y lo otro. Lleva adelante esta su comparación, y como suele un árbol grande y verde con la hermosura de su fruta y frescura de sus hojas convidar á los que lo ven á reposar debajo de su sombra y á coger de su fruta, así dice que la vista de su esposo la puso en semejante deseo, y como lo deseó, así lo puso por obra. «En su sombra que deseé,» conviene á saber, reposar, *sentéme*; esto es, conseguí el fin de mi deseo, «y su fruta dulce á mi garganta;» en que se declara una posesión entera y perfecta. Y como en decir esto tórname á la memoria el tiempo pasado de aquellos sus primeros y más dulces amores, sigue el hilo del pensamiento, y cuenta con grandes gracias y blanduras de afectos mucha parte de sus ac-

identes; la posesión de sí que le dió el esposo, cómo ella se le desmayó entre los brazos, y los regalos que recibió de él estando así desmayada, con otras cosas de grande afición, terneza y blandura; y así dice:

«Metióme en la cámara del vino.» Ya dijimos que en el vino se declara en la Escritura todo lo que es deleite y alegría; así que, entrar en la cámara del vino es aposentarse y gozar, no por partes, sino enteramente, de toda la alegría mayor, que cuanto á lo que toca á la esposa, consentía en los mayores regalos y muestras del entrañable amor que recibía de su esposo; y por tanto añade:

«La bandera suya en mi (amor);» que se puede entender en dos sentidos. Traer bandera, en la propiedad hebrea, como después veremos, es señalarse alguno y aventajarse en aquello de que se trata, como es señalado el alferez que la lleva entre todos los de aquel escuadrón; y según esto, quiere decir, enriqueció el esposo mi alma de alegría, hízola señora de un increíble contento, y esto porque en ninguna cosa quiso aventajarse tanto como en amarle; ó digamos, y es lo mejor, que la esposa diga ó dice: Metióme en la bodega del vino, y yo le seguí; que como los soldados siguen su bandera, así la bandera que á mí me lleva tras sí, y á quien yo sigo, es el su amor. De donde se sigue que cualquiera que no esté fuera de seso de hombre, ame á quien sabe que le ama; y amándole, que se fie de él; y fiándose, que se deje llevar sin sospecha y sin recelo por donde el otro quisiere; porque el amor siempre es puerto de la confianza, y el que es amado entiende bien que el que le ama no le lleva sino donde le cumple para su provecho; y eso es lo que dice la esposa, que sabiendo ella cómo su esposo la amaba, se dejó llevar y guiar de este amor segura; y su rey y esposo, que la llevaba, la metió en la bodega, donde la hizo particulares mercedes y beneficios, que fueron una nueva yesca para acrecentalle el amor; que cierto es que los dones y beneficios, aunque no son causá del nacimiento del verda-

dero amor todas veces, á lo menos son parte de acrecentamiento, y son como el mantenimiento con que se sustenta y conserva.

«Rodeadme de vasos de vino.» La flaqueza del corazón humano no tiene fuerzas para sufrir ningún extremo de alegría ó dolor, ninguna extremada afición, ora sea de tristeza, ora de dolor ó alegría. Pues así con el sobrado gozo que recibió con los favores de su esposo se desfalleció la esposa, y por estas palabras pidió el remedio á su desfallecimiento, en que declaró su mal con mayor gracia que si por palabras claras explicara el gozo de esta manera. Vencido de gozo el corazón y el deseo, hállome desmayada; esforzadme con buenos vinos y cosas olorosas para que revoque el corazón en su fuerza y torne en sí el enfermo con tales socorros. Y así en decir *esforzadme* se da á entender el desfallecimiento de su fuerza, que se iba á caer. Y lo que dice que está enferma, no es la enfermedad propia del cuerpo, sino una grave aflicción del alma, que la aflige de alguna cosa, de que se sigue el desfallecer el cuerpo. Así declaran la palabra hebrea *asioth* los más doctos de aquella lengua; aunque el texto vulgar traslada *flores*. Lo uno y lo otro es cosa de recreación para el que está enfermo; aunque los vasos de vidrio hanse de entender aquí llenos de vino, como lo advierten los expositores, para que con su olor y sabor tornasen en sí el corazón desmayado.

«La su izquierda;» prosigue la esposa demandando socorro para su desmayo. El natural remedio á los que desmayan de amores es verse juntos y asidos á los que aman, y que les muestren favor y señal de amor; porque de allí les viene su trabajo, y de lo mismo les ha de venir su remedio y descanso. Y así la esposa, estando ya caída en el desmayo, pide á su esposo que se llegue á ella, la sustente y ciña con sus brazos; y no fué en esto negligente el esposo, pues visto su desmayo, acudió luégo y la tomó en sus brazos, que se hace como ella pide, poniendo el brazo

izquierdo debajo de su cabeza y abrazando con el brazo derecho, porque es natural después del desmayo seguir el sueño, que torna en sí, y se repara la virtud, cansada con la pasada lucha.

«Conjúroos.» Hemos de entender que se le adormió en los brazos la esposa, y que él, poniéndola en el lecho mansamente y guardándola el sueño, como es propio del amor, se volvió á los circunstantes y los conjuró por lo que más quieren, que la guarden el sueño y la dejen reposar. Estas personas á quien conjura, eran las compañeras que se finge aquí traía consigo la esposa, y estas eran cazadoras, según parece en la conjuración que el esposo les hace; y es muy conforme á la imaginación que se prosigue en este libro; porque si la esposa es pastorcica, las compañeras han de ser rústicas y que tengan ejercicio en el campo, como es ser pastoras y cazar, y este era uso de tierra de Asia, principalmente hacia Tiro y en aquellas comarcas de Judea, que las vírgenes se ejercitasen en la caza; y así las requiere y juramenta el esposo, diciendo: «Ruégoo y conjúroos, hijas de Jerusalén;» así os vaya bien en la caza, así gocéis de las ciervas y hermosas cabras monteses, que no despertéis á mi amada hasta que ella de suyo se despierte. Esta es comunísima costumbre de los autores, y aun de todas las gentes, orar la felicidad ó desgracia del estudio ó ejercicio del otro cuando le quieren rogar algo ó le desean mal, que á uno que estudia decimos: Así os haga Dios un gran letrado; y á uno que pretende dignidades: Así os veáis un gran señor; ó al marinero: Así os dé Dios buenos viajes; y en esta manera en todas las demás.

Esto pasó así, y la esposa lo relata agora, que el esposo, con el cuidado de su enfermedad, volvió luego á ver si reposaba y hacerle compañía, y si quisiese esforzarse, convidalla se saliese al campo, que por ser en el principio de la primavera ya está fresco y muy florido, y le será gran remedio para su tristeza y enfermedad, ó digamos que fué

como sueño ó imaginación que á causa de grande amor la esposa se fingió á sí misma, pareciéndole que veía á su esposo y le hablaba; como es natural á los que aman ó tratan de algún negocio, avisadamente traerles los sueños imaginaciones semejantes; pues agora, como he dicho, va refiriendo lo que entonces vió y habló entre sueños por las palabras que he dicho, pues dice:

«Voz de mi amado se oye.» Es el cuidado del amor tan grande, y está tan en vela en lo que desea, que de mil pasos lo siente, entre sueños lo oye, y tras los muros lo ve; finalmente, es de tal naturaleza el amor, que hace en quien reina obras mucho diversas de la común experiencia de los hombres, y por esto los que no sienten tal afecto en sí no creen ó les parecen milagros, ó por mejor decir, locura, ver y oír las tales cosas en los enamorados; y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos y juzgados por algunos autores de devaneos y disparates. Por lo cual un antiguo poeta de nuestra nación, muy enamorado y muy honesto, hizo el principio de sus canciones diciendo en su lengua misma esta sentencia: «No vea mis escritos quien no es triste, ó quien no ha estado triste en tiempo alguno.» Así que, las extrañas cosas que dicen, sienten y hacen los que aman, no se pueden entender de los libres de amor, donde será forzoso que muchas cosas de este libro sean oscuras, así al expositor de él, como á los demás que en el divino amor estén tan fríos y tibios; y por el contrario, será muy claro todo al que tuviere una sola sentencia de esta obra, y ninguna cosa le parezca imposible, ni disparada. Vemos aquí que la esposa, cansada del trabajo pasado, está durmiendo, y con todo eso, en el punto que su esposo habla, siente su voz y la conoce sin errarla, y le avisa de su venida, diciendo: «Voz de mi amado se oye.» Esto bien muestra, en la manera de las palabras así cortadas, el alboroto de su corazón.

«Véisle, viene atravesando por los montes y saltando por los collados; semejante es mi esposo á la cabra mon

tés ó ciervecito; helo, ya está tras nuestra pared acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.» Propio es de los que sueñan ó imaginan con desaliño alguna cosa, antojárseles que ven así lo ausente y que está lejos, como lo cercano y presente, juntando cosas diferentes y de diversos tiempos, como si todo fuese un mismo negocio. Está en su lecho desmayada la esposa, y parécela que ve venir á su esposo volando por los montes y por los collados, como si fuese una cabra ó un corzo, animales ligerísimos. Es prestísimo Dios en dar favores á los suyos. Véis-le, está ya tras nuestra pared acechando por las ventanas, descubriéndose por las celosías. Todo este mostrarse, abscondirse, no entrar de rondón, sino andar acechando, ora por una parte, ora por otra, es natural de los muy requebrados, y son unos regalos y juegos graciosísimos del amor; lo cual se pone aquí con gran propiedad y hermosura de palabras. Así que, cuando ella lo ve por entre las puertas, él de presto se quita de allí, y corre á mostrarse por las saeteras de la casa, y de allí, siendo visto, se muda á las rejas y se asoma un poco, y así de un lugar á otro, y en todos ella le sigue y alcanza con la vista; y esto es muy común acá, cuando uno se absconde burlando, decirle el otro burlando: ¡Ah! bien te veo la cabeza, veo agora los ojos por entre las puertas; que ya se ha quitado; helo, helo allí, por la ventana asoma. Y como hemos dicho, estas cosas, aunque parecen inciertas, no lo son en los amantes; porque ellos estiman unas cosas de las que otros hacen poco caso, y las cosas en que otro se recrea ó precia, á ellos dan fastidio. «Mostrándose por las ventanas;» en la propiedad de su lengua se toca en estas palabras una gentil comparación que en nuestra lengua no se siente. Donde decimos *mostrándose*, la palabra hebrea es *ziz*, que es propiamente mostrarse la flor cuando brota ó de otra manera se descubre; pues como suelen los claveles asomar por los agujeros pequeños de los encañados que los cercan, así imagina y dice que el esposo, más que el clavel

y la rosa bello, se descubre, ya por una parte, ya por la otra.

«Hablado ha mi amado y dijome.» Cuenta lo que le dijo, ó por mejor decir, soñó que le decía su esposo: «Levántate, amiga mía, galana mía, y vénte; ya ves pasó el invierno, cesó la lluvia, fuése; descubre flores la tierra, los capullos de las flores se muestran, el tiempo de podar es venido, oída es voz de tórtola en nuestro campo, la higuera brota sus higos, y las pequeñas uvas dan olor; por ende levántate, amiga mía, hermosa mía, y vénte.» Y haciendo de todo una sentencia seguida, convida en este lugar á la esposa al gozo de sus amores; y porque él anda en el campo, que es lugar para el amor mejor que otro, pídele que se salga á él, poniéndole para movella el amor que la tiene en regaladas palabras de amiga y de galana, y la sazón del verano, que es tiempo fresco y apacible y muy aparejado para tratar amores; y así dice: «Levántate, amiga mía, galana mía, y vénte.» En decir *levántate*, se entiende estaba acostada é indispuesta; y así, la dice que se esfuerce y salga con él para su salud á gozar de la hermosura y frescor del campo, á quien tienen natural afición los corazones enamorados, y que con la nueva venida del verano estaba deleitosísimo; lo cual pinta políticamente por apacibles rodeos y deseos; y así dice: «Ya ves pasó el invierno, pasó la lluvia, fuése;» todas son condiciones de la primavera: el tiempo de podar (que es el mes de marzo ó abril) es venido; la voz de la tortolilla (que es ave que suele venir con el verano, como las golondrinas) es oída en nuestro campo; las viñas pequeñas ó uvas dan olor; esto es, están, como decimos en español, en cierce; y haciendo de todo una sentencia seguida, será como si dijese: Levántate, amor mío, de ahí donde estás en tu casa acostada, y vénte; no tengas temor á la salida, porque el tiempo está muy gracioso; el invierno con sus vientos y sus fríos, que te pudiera fatigar, ya se fué; el verano (como se ve por todas sus señales) es ya venido; los árboles se visten

de flores, las aves entonan sus músicas con nueva y más suave melodía, y la tortolica, ave peregrina, que no invier-
na en nuestra tierra, es venida á ella, y la hemos oído can-
tar; la higuera brota ya sus higos, las vides tienen pámpa-
nos y huelen á su flor; de manera que por todas partes se
descubre ya el verano; la sazón es fresca y el campo está
hermoso; todas las cosas favorecen á tu venida y ayudan
á nuestro amor, y parece que la naturaleza nos adereza y
adorna el aposento; por eso levántate, amiga mía, her-
mosa mía, y vénte.

«Paloma mía puesta en las quiebras de la piedra, en las
vueltas del caracol, etc.» Todas son palabras de amor y de
requiebro, que continuando el cuento, dice la esposa haber
dicho el esposo. Declara pues en esto el esposo á la esposa
la condición de su amor, y cómo se ha de haber con él en
este oficio de amarle, y trae para ella una gentil semejanza
de las palomas, cuya propiedad sabida, queda claro este
lugar. Hanse de tal manera las palomas en su compañía,
que desde que una vez se hermanan macho y hembra para
vivir juntas, jamás deshacen la compañía hasta que el uno
de ellos falta, y tal, que no le basta el amor y lealtad que
de naturaleza le tiene, sino que también sufre muchas riñas
é importunos celos del marido; porque esta ave es la que
mayores muestras de celos da; y así, en viniendo de
afuera, luégo hiere con el pico á su compañera, luégo le
riñe, y con la voz áspera da grandes indicios de su sospe-
cha, cercándola muy azorado y arrastrando la cola por el
suelo; y á todo esto está ella muy paciente, sin se mostrar
áspera; y estas aves (entre todos los demás animales bru-
tos) muestran más claro el amor que se tienen ser de gran-
de fuerza, así por el andar siempre juntos y guardarse la
lealtad el uno al otro y con gran simplicidad, como por los
besos que se dan y regalos que se hacen después de pasa-
das aquellas iras. Pues de esta manera misma notifica el es-
poso á la esposa que se han de haber entrambos en el amor;
y así le dice: Ven acá, compañera mía; que ya es tiempo

que juntemos este dulce desposorio; sabed que yo soy
palomo y vos habéis de ser paloma, y paloma no de otro
palomo, sino paloma mía y amada mía, y yo amado y com-
pañero vuestro; este amor ha de ser firme para siempre,
sin que cosa alguna jamás lo disminuya, y con todo eso, yo
os tengo de pedir celos, y porque aun que haiga muchas
palomas en un lugar, cada cual vive por sí, ni ella sabe el
nido ageno, ni el palomo extraño le quita el suyo, es razón
que nosotros nos apartemos á nuestra posadilla aparte; por
eso veníos al campo, paloma mía; aquí en esta peña hay
unos agujeros muy aparejados para nuestra habitación,
aquí hay unas cuevas en esta piedra alta, aquí me mostra-
ron los palominos vuestra vista, aquí os oiga yo cantar, que
aquí me agradáis, y en esta soledad vuestra vista me es
es muy bella y vuestra voz suavísima. Dice: «Paloma pue-
ta en las quiebras de la piedra,» porque en semejantes lu-
gares las palomas bravas suelen hacer su asiento; aunque
en lo que dice: «En los escondrijos del paredón,» hay dife-
rencia, que algunos trasladan en las vueltas del caracol.
Por lo uno y lo otro se entiende un edificio antiguo y caído,
como suele haber por los campos, donde las palomas y
otras aves acostumbran hacer nido.

«Prendedme las raposas pequeñas, destructoras de las
viñas, que nuestra viña está en flor y con pequeñas uvas.»
Estas palabras se pueden entender, ó que las diga el es-
poso, ó que las diga la esposa, y después seguiremos el otro
sentido. Ufana pues la esposa y muy regalada con los favo-
res y dulces palabras que le acaba de decir su querido,
viene en este lugar á ser movida de un afecto que es muy
común á los regalados en teniendo delante de sí á quien
les ama y regala. Declararlo hemos con este ejemplo: quan-
do una madre, estando ausente de su niño, y en viniendo,
luégo pide por él y lo llama y abraza, y mostrándole aquella
terneza de regalo que le tiene, lo primero que él hace es
quejarse de quien le ofendió en su ausencia, y con unos
graciosos puchericos relata como puede su injuria, y pide